

# Los poemas del padre

## I

Camina un hombre:  
es una sombra lenta de algodones azules,  
y está muerto.  
Transita el aire,  
y en mi corazón  
deja su gota de olvido el horizonte.  
Suenan campanas.  
Hay mágicos vencejos —flechas de luz—  
en la suave lejanía.  
Padre, ¿eres tú?  
Te siento en las cortinas  
de mi espíritu,  
acariciando el agua.  
No te he olvidado.  
Toda mi ausencia sigue  
llena de ti. Entre las lentas ruinas  
de mi alma,  
vas caminando aún  
acariciando mi edad. Nunca te has ido.

## II

Ahora te escucho:  
aquí, en la claridad;  
sentado como un pájaro en la lluvia.  
De las coscojas brota un resplandor  
de silencio. La tristeza es blanca.  
Aún no te veo;

mas sé que estás ahí:  
susurrando igual que el aire  
entre los álamos.  
Algún recuerdo has bajado  
de las nubes. Hasta mi sangre  
llegan tus palabras.

    Recuérdame  
el viejo cuento de la flor  
que entre la arcilla de los montes se hizo príncipe,  
entra en mi soledad  
y hazme cosquillas,  
quiero reírme de la lluvia y los relámpagos.  
No tengo miedo ninguno;  
ya hace días  
que el abuelo me visitó en la siesta,  
allí, bajo la encina de Los Mirlos,  
donde mi voz de niño frágil no se ha muerto.  
Había un lagarto  
sobre una piedra azul. Quise cogerlo  
y me silbó en la sangre  
un golpe antiguo de serenidad:  
me vi flotando en un recuerdo límpido.  
Esto ocurrió, sin embargo, hace unos días,  
cuando el abuelo regresó en la siesta.  
Ahora, te escucho  
aquí, en la claridad  
de las coscojas; tu voz parece viento.

### III

    Te he comprado una caña  
de cristal  
y un anzuelo para pescar luciérnagas.  
Luego, me he ido nuevamente  
a vigilar  
la lejanía por si acaso vienes.  
Madre ya tiene partido el corazón,  
lleno de musgo,  
y dicen que le duelen

todas las voces guardadas. Mucho tiempo  
lleva acordándose  
de ti. La lluvia es buena  
cuando deja una tristeza esmerilada  
sobre los ríos. A veces, la oropéndola  
canta despacio entre los chopos de la orilla  
y un pez de luz salta en mi silencio.  
Por eso, padre, te compré la caña,  
por darme compañía. Estoy muy solo.  
Alguien me dice  
que te has subido lejos,  
a un lago altísimo en un barco de estrellas.

## La tienda de tejidos

Entro en la tienda de tejidos:  
tú no estás.  
Hay un fulgor  
de gamuza en el silencio.  
Un polvoriento sonido de cristal  
cruje en la estancia.  
Hay ceniza en las baldosas.

Recojo el aire que se quedó  
estancado,  
cuando era niño,  
aprisionado entre las sábanas  
del corazón. Los ovillos tienen frío,  
y, sin embargo,  
son de lana roja.

Yo te recuerdo, padre mío,  
igual que ayer:  
junto a la radio,  
acariciando las noticias.  
Afuera de la tienda de tejidos,  
hay gorriones  
bailando entre la nieve.  
Leo en mi memoria: un dolor de muselina  
rasga la luz  
azafranada de la tienda.

Es la hora lenta, azul,  
del mediodía: tú me acaricias.  
Aún regreso del colegio.

## El camino de los lagartos

Remolinos de polvo y soledad.  
Sobre el camino, sueñan los lagartos.  
Hay piedras suaves  
sobre la claridad azulada y umbría  
del silencio.  
Desde la tierra  
sube el lento amor de las malvas  
floridas. Yo voy lejos,  
caminando,  
igual que un gris soldado  
que ha perdido su espíritu en la sombra.  
Veo encenderse, a unos pasos, la humildad  
de los huertos sublimes. Ya está el viento  
abandonando en mi sangre  
una canción  
que habla de niños robados por las hadas.  
Alguien camina,  
sin embargo, a mis espaldas.  
Sube conmigo a las colinas de la ausencia.  
Miro hacia atrás  
y, en la serenidad de las encinas,  
una silueta avanza.  
Atardece en mis ojos. Tengo frío.  
El viento arrulla como una oscura tórtola.  
Sobre el camino, sueñan los lagartos.  
Miro hacia atrás:  
en mi alma caen las sombras.

## La cuadra

Bajo a la cuadra.  
Un látigo de luz  
derrama su amargura entre las bestias.

Fuera de mí, está el rumor del campo,  
los cárabos ululando entre los árboles.  
Hay una mano de azufre  
y soledad  
que me acompaña. En el aire  
suena el frío,  
el bostezar de la noche entre el espliego,  
los pasos del pastor sobre el camino.

Yo he bajado a la cuadra,  
y estoy solo,  
muerto en la luz temblorosa  
del carburo. Ayer volví a llorar  
con la alameda. De mi niñez  
sólo recuerdo el humo  
del abuelo fumando en el corral  
y las estrellas reflejándose en el río.  
Y ahora he vuelto a visitar la antigua cuadra  
de mis años felices, y el carburo  
encendido me quema el corazón  
y el vahído de las bestias me confunde.  
Y es que estoy muerto, muy lejos del rincón  
de la humildad. Mis padres me decían  
que en el otoño pasaba un hombre azul  
y a los niños les robaba el pensamiento.  
Yo nunca pude creerles; sin embargo,  
ahora he bajado hasta aquí como una nube,  
y hay una mano de azufre y soledad  
que me acompaña; mas ya no tengo miedo.  
He bajado a la cuadra igual que un asno  
y una mentira ha resbalado sobre el frío.  
He sentido el resplandor de la pobreza  
y, entre mis ojos, ha llorado el mundo.

**Alejandro López Andrada**

«Mientras tanto, la muerte sigue fiel a su cita, y se ríe, implacable...»

